

EL ÚLTIMO DÍA

Sucedió entonces, cuando la Tierra Media estaba debilitada y los Valar envejecidos, que Morgoth se desató de la cadena Angainor, y se deshizo de la corona de hierro que le aprisionaba el cuello hundiéndolo hasta las rodillas.

Entonces un silencioso clamor se extendió tras los Ilurambar, los Muros del Mundo, pues todos los espíritus que habían estado sometidos, se desataron. Y se levantó Sauron, más poderoso de lo que había sido nunca en la Tierra Media.

Ando Lómen, la Puerta de la Noche Eterna, se quebró, y así el paso entre la Oscuridad Exterior y Eä quedó abierto. Grande fue la negrura que se extendió por el mundo cuando ocurrió esto, y los ojos de los Hombres y las pocas criaturas que quedaban con vida se volvieron con temor hacia el cielo.

Ocurrió así que se estableció una batalla en el Ilmen, la segunda desde el alzamiento del Sol y la Luna, pero en esta ocasión Tilion no resultó victorioso. Y aunque Morgoth había profesado siempre a Arien un gran temor, el carro del Sol también fue destruido.

Ahora bien, Eärendil había visto lo que ocurría desde el lado opuesto del Ilmen, y se aprontó con Vingilot hacia donde Bauglir se encontraba. Y se dice que brillaba como un cometa atravesando el firmamento, y que, aunque el terror había cundido en la tierra tras el oscurecimiento del Sol y la Luna, al ver esta estrella hubo gran esperanza.

Porque el Silmaril brillaba en su frente, y su luz había nacido antes que los dos grandes astros, y había sido consagrada por Varda. Así fue que se lanzó Eärendil sobre Morgoth como una llamarada blanca, y su luz hirió al Vala, que se precipitó del cielo como un relámpago negro, con un rugido que sonó como un trueno y retumbó en toda Arda. Y quienes lo vieron dijeron que era como si la noche se hubiese desprendido del Ilmen, aunque más oscura que la noche era la sombra que vieron cayendo.

Así fue que Morgoth se desplomó sobre las llanuras de Valinor, y el golpe resonó como un tremendo crujido extendiéndose por la tierra, e incluso los Enanos en sus cavernas más profundas lo oyeron, y Thorondor alzó la cabeza en lo más alto de las Montañas.

El mundo tembló, y se rasgaron las tierras, y el mar se agitó en cimas de agua.

Entonces se alzaron todas las criaturas de Morgoth, orcos, dragones, balrogs y seres sin nombre que despertaron en las entrañas del mundo, más antiguos que estas. Y Ancalagon se posó como un huracán negro en lo alto de Thangorodrim, que comenzaba a emerger de entre las aguas.

Entonces se abrieron las Estancias de Mandos, y muchos de los que habían esperado en ellas comenzaron a salir, prontos a prestar batalla: Fingolfin abrió los ojos

en las cercanías de Gondolin, Barahir en Tarn Aeluin, y Beren y Lúthien se incorporaron en una tumba lejana. Pero el primero en despertar fue el Rey Elessar, pues por el destino de los Atani debía decidirse el de Arda, y, con él, se pusieron en pie muchos de los Hombres. Y cabalgaron por la Tierra Media hacia el Oeste, y las huestes de Morgoth caían a su paso.

Junto al Rey Elessar luchaba Elendil, y a su derecha el rey Elros blandía la espada. Isildur y Anárion iban con ellos, y Tar-Aldarion también batallaba. Y despertaron entonces los Primeros Nacidos, y Gil-Galad cabalgó presto tras ellos, y el brillo de su yelmo se veía desde lejos como una estrella blanca. A su derecha, marchaba Elrond.

Y así también los Eldar se unieron a la batalla. Fingolfin y Finrod, y Maedhros se alzó desde las profundidades de la tierra, y, con él, todos los hijos de Fëanor.

Terrible fue la lucha que los Edain y los Eldar libraron en su camino hacia Valinor, y, en el momento más álgido del combate, se unieron Durin, Thorin, y todos los hijos de Aulë, los últimos que despertó Mandos.

Y, en el cielo, Thorondor y Gwaihir, y todas las aves, lucharon contra las huestes aladas de Morgoth, y de todo lo que los Eldar vieron al alzar la cabeza, como sombras recortadas contra las estrellas en el firmamento sin sol y sin luna, mucho se cantó al concluir la batalla. Pues el Silmaril brillaba con su luz clara, iluminando las figuras de la noche, y su prístino resplandor desafiaba a las llamaradas de Ancalagon y Glaurung, más intenso que aquellas. Porque había permanecido incólume pese a toda la oscuridad de Morgoth, y, aunque muchas tragedias habían ocurrido por querer poseerlo, su naturaleza era inmarcesible.

Mas duro era el combate, y así como los cielos habían quedado dañados, sus grandes astros destruidos, también las tierras se abrieron en profundas heridas, y algunas supuraban agua hirviente, fuego y lava.

Ahora bien, en Aman Tulkas se había puesto en pie de un salto con los puños cerrados en cuanto comenzó la batalla en el Ilmen, y estaba pronto para la lucha mucho antes de que Morgoth cayese sobre las montañas de Valinor. Fue Tulkas quien detuvo con sus manos desnudas el golpe de Grond que Morgoth descargó contra las raíces de Taniquetil no bien se hubo incorporado.

Forcejearon los dos Poderes, y la tierra tembló a sus pies, y las montañas se tambalearon bajo la fuerza de los dos Valar. Pero el brazo de Morgoth cedió al de Tulkas el fuerte, y Grond se desplomó con un fragor terrible, formando un cráter negro en la llanura de Aman.

Sucedió entonces que Eönwë se colocó a la derecha de Tulkas, y en sus manos sostenía el estandarte de los Valar. Y entonces alguien salió de las Estancias de Espera, y se situó, de pie, a la izquierda de Tulkas. Se acobardó Morgoth entonces, pues la mirada del recién llegado era serena, mas su rostro reflejaba firmeza, y aquella

seguridad en la victoria no la esperaba. Y pensó que un alto señor de los Eldar había llegado para derrocarlo.

Ocurrió que, no lejos de ahí, justo en ese momento, Olórin derrotó al último Balrog. Grande fue el terror de Morgoth al creer todo perdido, y se dirigió al desconocido como a uno de los Eldar, pues por uno de ellos lo tomaba.

–Ha llegado el momento de la justicia.

Fue lo único que respondió el Hombre –pues lo era– al Vala.

–¿No me reconoces? –dijo–. Soy el Vencedor del Destino, Túrin Turambar.

Entonces sacó una espada, una sombra en la noche, que brilló negra a la luz de las estrellas de Menelmakar. Y entonces Morgoth lo miró como por primera vez, y sus pupilas se dilataron con espanto. Y si Túrin no pudo una vez sostener la mirada de Glaurung, no la retiró ante Morgoth, y su semblante sereno contrastaba con el miedo del Vala.

En las manos de Túrin destelló un momento Mormegil, y no había odio ni venganza en su rostro. Pero Manwë había querido que la justicia se impartiese por manos de los hijos de Húrin, y así lo había dispuesto Mandos.

Ocurrió así que la misma espada que mató a Beleg, mató a Morgoth, y en ese momento despertó el Elfo en las Estancias.

Aterrador fue el grito que retumbó en el mundo cuando Morgoth fue atravesado, y toda tierra se sacudió, y los pilares del Menel se derrumbaron. Todo suelo se rasgó, se desplomó cada árbol, y los mares se desbordaron en montañas de agua.

Después, por un tiempo, hubo silencio.

Tierra, aire y agua se calmaron, y en el mundo quedó solo la luz de los Silmarils, que, como cometas blancos, orbitaban hacia Aman. El del cielo lo trajo Eärendil, a bordo de Vingilot. El del agua lo trajo Tuor acompañado por Ulmo, y el de la tierra Maedhros, quien antaño lo arrojara. Así fue que dejaron los Silmarils en manos de un alto señor de los Elfos, el cual, en cuanto los tuvo en sus manos, comenzó a escalar la ladera de Taniquetil, la única montaña que permanecía en pie en todo el mundo.

Renqueante era su paso y, aunque su piel era tersa y joven, su mirada era la de un anciano.

Pero ya su aspecto cambia al llegar a la cumbre: su cabello, negro, su expresión, vigorosa, y en sus ojos brilla el ardor de una llama.

Era Fëanor, Curufinwë, que llevaba los Silmarils a Yavanna, y, entregándoselos, en presencia de todos los Valar, reparó la vieja ofensa, dándole voluntariamente lo que una vez le negara.

Y Fëanor reveló el secreto de los Silmarils, y descendieron todos, pues ya las aguas se retiraban, y el Ezellohar quedó a la vista, y en él los troncos muertos de los Dos Árboles aún descansaban.

Y Yavanna cantó, como otrora en Corollairë cantara, y, como entonces, ningún otro sonido se oía en el mundo sino la voz de Yavanna. Sucedió así que, a la luz de las tres joyas, se encendieron las ramas. De plata renació Telperion, dorado y verde claro Laurelin, y en el silencio y oscuridad de Arda hubo un fulgor de oro y plata. Y, puesto que las tierras se habían allanado, la antigua luz alumbró toda Arda.

El mundo antiguo asomó una vez más: de entre las olas emergió el Meneltarma, de Beleriand se retiraron las aguas, apareció de nuevo Ard-Galen, y todos aquellos que poblaron Haudh-en-Ndengin despertaron como de un sueño en las Estancias de Espera, y Rían y Huor se reencontraron.

Entonces, rompió el silencio un sonido, claro como una fuente de plata: era la risa de Lalaith, que en Dor-lómin, de nuevo, resonaba. Y se dice que Túrin cayó de rodillas al escucharlo, y de sus ojos se desprendieron dos lágrimas, de las que brotaron dos flores de un nombre cuya lengua antaño creyera olvidada.

Así fue que despertaron todos los dormidos, y dio comienzo la restauración de Arda. Se restituyeron el Sol y la Luna, y las criaturas de Yavanna, y Durin y todos los suyos asistieron a Aulë en la reconstrucción de Arda. Pero otras historias y canciones narran las hermosas cosas que entonces se hicieron, y de ellas no se ha escrito nada.

Esto es lo que aconteció el Último Día, y así terminan los Anales de Arda. Pues «las obras bellas y maravillosas son su propio testimonio», y otras nuevas surgen de lo que se vive ahora, y, estas, no necesitan contarlas. El tiempo de la Muerte ha pasado; habitan en la dicha de los Días Nuevos, y, de lo que ocurre en ellos, no necesitan testimonios escritos como antaño.

Pues todos viven; y todo lo ven, y lo recuerdan. Nada se ha quebrado. En Arda, ya no hay mácula.